

El desarrollo científico y tecnológico de nuestro país, es asunto vital e inseparable del progreso e la Nación.

Hace unos días visité la Universidad de Cambridge en Inglaterra, invitado a dar una plática sobre el futuro de México y de la ciencia y la tecnología en nuestro país a jóvenes mexicanos que hacen sus doctorados en esa prestigiada Universidad –de ella han surgido más Premios Nobel que de ninguna otra en el mundo. Hay cerca de 70 compatriotas en todos los campos de las ciencias: desde la historia -que nos guarda explicaciones y propuestas-, las artes, la economía, hasta la biología, la genética, la ecología, los materiales compuestos, las comunicaciones, la computación, la nanotecnología.

Son jóvenes talentosos, entusiastas, dedicados, que trabajan en la frontera del conocimiento, egresados, la mayor parte, de nuestras universidades públicas y que están preocupados por lo que podrán hacer en México y por México al obtener sus grados. Visité algunos laboratorios, conocí de sus trabajos doctorales y me entrevisté con algunos de sus profesores que los reconocen, los respetan y “los aprovechan”.

Esta historia se repite en diversas universidades de Europa, Norteamérica, Asia, Australia y desde luego en México, donde grupos extraordinarios, no tan grandes como pudiéramos desear, pero suficientes para dar un giro positivo al destino de México -si acertamos en una política de estado en ciencia y tecnología-, laboran y se preparan con grandes esfuerzos personales y del país.

Existe además un amplio grupo de quienes han ya recorrido el duro camino de esa formación de excelencia, algunos de los cuales –los menos desgraciadamente-, han encontrado en nuestros centros e institutos de investigación públicos y excepcionalmente en algún organismo privado el lugar propicio para su desempeño, pero los más, quienes no han emigrado a otros países, han debido dejar de lado sus conocimientos de punta para dedicarse a menesteres que les aseguren el sustento.

Otros más, retirados de sus actividades por los avatares de nuestro desconcierto –cierre de centros, disminución de presupuestos para este renglón, etc.-, o porque han llegado a la edad de la jubilación –la inteligencia no se jubila- mantienen sus acervos en lamentable privacidad.

Ahí esta el talento, el reto entonces está en definir una política que lo aproveche, que establezca la infraestructura necesaria para ello, y que aplique recursos –más dinero, sí, pero sobre todo algo de ese talento que existe-, a hacer viable un programa de ciencia y tecnología de largo aliento que defina nichos y garantice caminos de desarrollo.

No permitamos que nuestra juventud estudiosa huya de nuestro país, caiga a la corriente de la tecnocracia política o se incorpore a la moda seductora de la especulación agiotista.

Volteemos al Japón de la posguerra, a la Corea de unos años después, a la India, el Paquistán y la China del nuevo milenio y convenzámonos de que es posible, deseable y necesario.

Abril 19 de 2004.

jimenezespriu@prodigy.net.mx